



Comentando

Un auténtico triunfo Parlamentario

En el tercer debate del Senado se ganó definitivamente la enmienda católica en favor de la instrucción religiosa

El Dr. Tomás Liscano fué el héroe de la sesión. En la brillante historia del ilustre abogado lucirá como una de sus páginas más felices la victoria parlamentaria de aquella tarde, en que fué decisiva para la causa del bien su lógica férrea, su precisión dialéctica y su vasto señorío de las leyes venezolanas. Junto a él hemos de mencionar con aplauso al Senador Ascúñez por su serena y justa intervención.

La réplica destemplada y nerviosa del Dr. Luis Beltrán Prieto, coreado por la masa indocta y catequizada de la barra, hizo que la sesión tomara proporciones de batalla entre las derechas e izquierdas. El líder margariteño, tan mesurado en otras ocasiones, se destapó por los tópicos más manidos de los periódicos baratos de provincia. Evocó la Inquisición y el Santo Oficio. ¿Qué sabe Ud. del Santo Oficio, Luis Beltrán? Acusó a las damas católicas de haber comprometido a los padres de la patria, y en un arranque mahometano de antifeminismo conminó a las mujeres a meterse en su casa y no inmiscuirse en la política. ¡Bravo, Doctor! repítale Ud. el sermón a "sus maestritas". Habló de odios y rencores en las escuelas si a la mayoría se daba clase de religión, mientras un grupo quedara exceptuado. ¡Lógica sorprendente! ¿Ese odio se evitaría si se atropella a la mayoría y se atiende a la minoría del país? En fin, otras lindezas dijo Don Luis Beltrán que quedan al descubierto en nuestro Editorial. Era difícil acumular en un discurso más pensamiento trasnochado, lastre liberal, más pesado y añejo, del empolvado siglo XIX. ¡El Dr. Prieto tan antiliberal, tan anticapitalista, tan socialista, tah...! Y lo aplaudieron los babiecas de la barra, como si estuviera descubriendo la esencia más sutil del pensamiento contemporáneo.

Sin temor a las aprobaciones o desaprobaciones de la barra, el Dr. Liscano, con gesto de gallardía y superioridad, pulverizó las inconsistentes y manoseadas reclamaciones del Dr. Prieto. Y añadió un ar-

gumento, muy vital en los tiempos que corremos, aunque al Senador Pocaterra le pareciera lo contrario. Se quiere luchar contra el comunismo; y no se quiere instruir a las masas en la religión. Los apóstoles de las ideas suversivas quieren al pueblo supersticioso e ignorante, sin conciencia de la fe que practica. Es el terreno más propicio para sus propagandas.

Al comunismo que es un ideal grandioso, (aunque utópico y en sus métodos de acción una regresión a la barbarie primitiva), no se le vencerá con leyes de represión. Se le vencerá solamente con otro ideal más grandioso y más noble: el ideal de la fraternidad cristiana.

"También yo soy católico"

Indudablemente se impone una corrección fundamental del diccionario de la lengua castellana.

Sumamente interesante resultaría una encuesta —si las encuestas se estilaban en Venezuela— en que se preguntara a representantes de cada clase de nuestra sociedad qué entienden por la palabra católico. Para todos significa, al parecer, algo noble y bueno; pero no cabe dudar que ha perdido su sentido etimológico y real. De todo hombre honrado —aunque su vida religiosa sea fría o nula— se dice entre nosotros que es "un buen católico".

No hace mucho nos detenía en las calles de Caracas un borracho para notificarnos con gesto a un tiempo solemne e inseguro: "Párese ahí... Oiga... oiga... Yo no voy a Misa. Pero yo soy católico, apostólico, romano"....

Con no mayor precisión etimológica que el ponposo borracho deben entender la palabra católico algunos escritores de la prensa caraqueña. Hace muy poco alardeaban enfáticamente, en los "mejores" periódicos, de católicos y muy católicos algunos escritores que defendían el divorcio, la disolubilidad del matrimonio, el laicismo del Estado y aun el amor libre. Por supuesto: estos mismos señores son "rabiamente anticomunistas". No por horror a los principios morales del comunismo; pues, al parecer, están muy dispuestos a suscribir los postulados mora-

COMENTANDO

• *les de Lenin, sino por razones de orden económico...*

Con temeraria ignorancia —lo que nada debe extrañarnos, pues fué siempre atrevida la ignorancia— y con solemnidad muy émula del borracho de la historia confunden estos escritores los conceptos más fundamentales de la doctrina y la moral cristiana. Hombres que se avergonzarían de disparatar en temas de Física, Química o Astronomía, desbarran con desenfadada despreocupación sobre temas religiosos; como si la religión fuera susceptible de momentánea inspiración personal, y no ciencia fundamental para la sociedad y el Estado, que requiere consiguientemente serio y concienzudo estudio.

Católico, señores y señoras, significa etimológicamente universal. Y catolicismo es la fé que profesan los cristianos que reconocen la Primacia del Vicario de Cristo en la tierra y obedecen al sucesor de San Pedro en Roma.

¿Qué sentido puede tener la afirmación: Yo soy católico; pero no católico romano, sino católico venezolano?

El mismo que la frase del patán: "Yo soy venezolano; pero no venezolano de Venezuela, sino venezolano de Baruta".

Publicidad de crímenes y atentados

Aumento alarmante de la criminalidad en Caracas y toda Venezuela. El hecho es palpable y por nadie discutido. Hemos aludido a él repetidas veces en esta sección de Comentarios del Mes, tratando de señalar sus verdaderas raíces y sus posibles remedios.

Hoy nos preocupa otro detalle: la creciente publicidad que la prensa de la Capital, sobre todo los diarios vespertinos, vienen concediendo a toda clase de accidentes; suicidios, robos, crímenes... Los vendedores de periódicos nos atruenan cada tarde con el

anuncio de pavorosas desgracias, haciendo desparecible e incómodo el paseo por las aceras del centro de la ciudad.

Una reciente encuesta, realizada por la prensa católica de Bélgica, ha patentizado que la sección más leída por los obreros, en toda clase de periódicos, es la página de accidentes y crímenes, a la que sigue la sección de deportes.

Muchos rotativos mercantiles comercian con esta malsana y enfermiza tendencia de las pobres gentes, viciadas desde la infancia con la lectura de novelas policiacas y exacerbadas posteriormente por el cine. Buscan impresiones recias, emociones fuertes; aunque personalmente sean tal vez de una cobardía conejil, y una mansedumbre ovejuna.

El efecto deseducador de tales alardes reporteriles sobre crímenes y accidentes es manifiesto. Bien conocido es, por ejemplo, el fenómeno psicológico de atracción que el lugar del suicidio ejerce en los enfermos mentales. Así es frecuente el caso del amigo que elige para ahorcarse el árbol donde se suicidara años antes un compañero. En Caracas este fenómeno de atracción es manifiesto en los repetidos casos de suicidio en el Puente Guanábano. Y es indudable que la ruidosa publicidad —aun gráfica— que viene dándose a esos casos de locura y cobardía en la prensa de la capital, puede acentuar gravemente esa atracción.

Cuanto se ha escrito contra las películas y las novelas policiacas debe aplicarse a esa enfermiza y malsana obsesión de publicidad de accidentes y crímenes, que cada día alcanza proporciones más alarmantes. Los directores de periódicos de sana y patriótica intención, y no menos las autoridades civiles deben tomar buena cuenta de ello. Son varias las naciones que se han preocupado de la cuestión en la Ley de Prensa.

